



EN LA ORILLA

Carlos José Romero Mensaque

Edita: Hermandad de Nuestra Señora del Rosario (Humeros)
Copyright del texto: Carlos J. Romero Mensaque
Copyright de las ilustraciones: Antonio Martínez Rull
Diseño y Maquetación: Marcelino Martínez Guerrero
Imprime: Difusión Gráfica Hispalense
Depósito legal: SE-2558-2002



Dedicatoria

A mi Hermandad

A la comunidad parroquial de San Ildefonso, de Mairena del Aljarafe, especialmente al párroco Juan Luis García, a Balbina y Mari Tere y al grupo de Confirmación.



PRÓLOGO

Desde muy pequeño he sentido debilidad por esos libros lo suficientemente breves, pero lo justamente densos, capaces de responderte una pregunta, invitarte a una reflexión, inquietarte o tranquilizarte el alma, con sólo abrirlo por una cualquiera de sus páginas. Con *las razones* del padre Martín Descalzo siempre me ha sucedido, y lo mismo me ha ocurrido con este pequeño tesoro que ahora tengo la misión de presentar. Por otra parte, largos años de amistad me unen a Carlos José Romero Mensaque, largos años de trabajo, una veces reconocido y otras no tanto, en la Hermandad del Rosario de los Humeros, en la que, en la actualidad, ostento el cargo de Hermano mayor.

Por esas dos razones resulta un verdadero placer ver publicada esta obra. Personalmente no tengo más que halagos para quien en su día ocupó el cargo que hoy ostento y aportó a la revista de esta Hermandad su colaboración en forma de reflexiones, pequeños artículos en una columna que denominó "*En la orilla*", que número a número fue invitándonos a pensar en Dios, la naturaleza, el otro, las cosas pequeñas, y que hoy ven la luz en esta antología dirigida a hacer las delicias de un público más amplio. Se trata de un conjunto de pensamientos intimistas sobre aspectos y personajes de la realidad, a veces de los sueños, con una prosa poética que, con la eficiencia de los dardos, hace mella en aquellos a los que van dirigidos: algún hermano en concreto, algún hecho ocurrido en el seno de la Hermandad, algún acontecimiento externo. De todo hay en esta antología de artículos que tiene, sobre todo, el mérito de sobrepasar lo anecdótico y lo concreto para convertirse en reflexiones generales sobre el hombre, la vida, Dios, las grandes incógnitas que, desde siempre, han preocupado al ser humano.

Sólo una persona con el bagaje cultural y académico de Carlos José es capaz de dotar de ese carácter totalizador a lo que presenta como pensamientos concretos, bien diferenciados en tres grupos: los publicados en las revistas de mayo, época de fiesta, de despertares, de esperanza, de celebraciones, como el Besamanos de nuestra titular, la Virgen del Rosario las de marzo, etapa cuaresmal, penitencia y contrición; y finalmente las de octubre, el mes del Rosario, ese que da sentido y permanencia a nuestra corporación, mes de reencuentros, de ilusiones, de trabajo y de alegría. Un recorrido anual que bien pudiera asemejarse al recorrido vital de todo ser humano. ¿Quién no ha tenido etapas de esperanza y de gozo?. ¿Quién no ha vivido etapas cuaresmales, de dolor y de angustia?. Todo este recorrido vivencial es ilustrado bellamente por otra persona fundamental en nuestra corporación: Antonio Martínez Rull, "Antoñete", nuestro Prioste.

No es esta su primera obra; y se nota. Doctor en Historia por la Universidad de Sevilla, son bien conocidas, tanto en ámbitos académicos como en el mundo de las cofradías, sus publicaciones sobre la devoción del Rosario, tan tradicional como amenazada en una ciudad como la nuestra, que parece haber olvidado el inmenso bagaje piadoso, histórico y social de sus hermandades de gloria. A éstas, resultado de su tesis doctoral, se han ido sumando otras publicaciones en las que Carlos da fe de su carácter de profesor y va directamente dirigido a los jóvenes con un encomiable afán catequizador. No podemos olvidar tampoco una antología, recientemente publicada, parecida a ésta y resultado de su colaboración en la Revista de la Hermandad de *La Piedad* del Viso del Alcor. En todas ellas se aprecia no sólo el compromiso de un escritor, culto y excelentemente formado, con su obra, sino también su compromiso vital con Dios, con aquellos a los que se dirige y con la ciudad y la realidad sociocultural en la que vive.

Por todo ello, como Hermano Mayor de la Hermandad de la que forma parte esta obra, me enorgullece, y como amigo me honra, presentar no este libro, sino a esta gran persona. Carlos José Romero Mensaque está en cada una de las páginas siguientes. Él es todas ellas, con sus contradicciones, con sus dudas, con su inmensa humanidad. No hace falta decir nada más. Leedle...

Miguel Angel Martin López

Hermano Mayor de la Hermandad de Nuestra Señora del Rosario y Santo Cristo de la Paz (Humeros)



PRESENTACIÓN

Hace más de diez años comencé a escribir los artículos de una sección que titulé “En la orilla”. Quería crear un espacio singular, poético, entrañable donde el lector pudiera compartir nuestra común devoción a la Virgen del Rosario y el Cristo de la Paz y recrear un tiempo indefinido, mitad actual, mitad antiguo, donde hacer figurar a los protagonistas de cada historia.

Pero “En la orilla” no ha querido ser nunca algo exclusivo de la Hermandad de los Humeros. Sus textos, en prosa poética, nos acercan –junto al protagonista– a una vivencia de fe que quiere ser paradigmática, que invita a compartir, a identificarse con ella.

Las personas que aparecen en cada artículo son reales y muy concretas. Algunas son o han sido cofrades de la Hermandad, otras pertenecen a ámbitos muy dispares: amigos, alumnas de mi instituto... pero el eje sobre el que se vertebra cada historia es la Virgen del Rosario, el Cristo de la Paz, la capilla, el barrio... todo lo que define la singular Orilla por la que Cristo sigue pasando cada día y llamando a una vocación personal de fe y compromiso.

Lo que sigue es una antología de los artículos aparecidos hasta el presente, divididos en tres apartados: cuaresma, mayo y octubre, es decir, los tres momentos más importantes de la vida cultural de la Hermandad: el Triduo al Cristo de la Paz, el Besamanos y Fiesta de las Rosas y, por último, la Función Principal y Procesión de la Virgen.

Mi agradecimiento al Hermano Mayor y Junta de Gobierno de mi Hermandad por la confianza que me dispensan, al Grupo Joven por su interés por los artículos y especialmente a Marcelino Martínez, por sus ánimos constantes para que este libro viera la luz y a Manuel Carlos Hernández y su "machacona" amistad.

Espero que este libro sirva para hacer crecer sentimientos e inquietudes en la vida de las personas y para descubrir que el Misterio de Dios sólo se descubre viviendo apasionadamente la realidad del amor, que nos rodea y envuelve buscando una respuesta de compromiso, como la de los apóstoles ante la voz y la mirada del Señor en la orilla.



CUARESMA



HA LLEGADO LA CUARESMA

A Gerardo y su cariño a la Virgen

Quizá no sepa sentir que la Cuaresma ha llegado en el calendario litúrgico de la Iglesia, pero todos los años descubre en su Cristo como un halo misterioso, invisible a la vista, pero que estremece su cansado corazón. Y, una vez más, subirá al armario de la sacristía a rescatar del olvido, el viejo Simpecado de tafetán morado que acompañará el Vía Crucis del Señor de la Paz.

Un año más. Y van... Recuerda la primera vez que lo vio lucir por las calles del barrio. No era Cuaresma. Había tristeza en los rostros de las gentes. Se sucedían los padrenuestros y avemarias con una cadencia sorda... Y no todos rezaban. En silencio, las lágrimas rendían emocionado recuerdo a quienes ya no estaban entre ellos. Su padre, en voz baja, le decía: "Es la Novena de Ánimas". Pero no podía comprender aquel dolor. No hace ni un mes que su Virgen del Rosario aparecía radiante en su Paso, y había alegría y entusiasmo. Entonces se fijó en aquel Simpecado. Allí, en un sencillo lienzo, estaba otra vez Ella, pero sola... y lloraba. Del Niño sólo quedaba el recuerdo de una Cruz fría en el lejano Calvario. Suspiró. Se acordó de su vecina y hermana Dolores. . . Seguro que estará ya con Ella

Los jóvenes vienen ya de la fábrica y del cercano convento de San Laureano acaban de tocar a Oración. Le gusta escucharles y se anima con su entusiasmo. Chicas y chicos preparan los faroles y le ayudan a colocar la vara al Simpecado. Hoy van a vivir una gran ilusión: el Hermano Mayor les ha prometido que todos podrán llevar la imagen del Señor durante alguna estación del Vía Crucis.

Les deja con sus cosas y se dirige al altar del Señor de la Paz. Dentro de unos minutos, pondrá en las manos del Hermano Mayor su imagen bendita. ¡Un año más, Señor! Y se vuelve a estremecer cuando se cruzan las miradas. Y no hay dolor, ni reproche. En sus ojos de madera siente el calor de la amistad, del amor que se entrega con coraje, animando a vivir... de otra manera.

Es la hora. El sacerdote comienza las oraciones. Hay inquietud, nerviosismo en los cofrades. La Cuaresma ha llegado a los Humeros sin calendarios, sin ceniza... En la cruz del Señor de la Paz cada hermano siente la suya al sostenerla en los esperados relevos de cada estación... Y entra en las casas... y en los corazones abiertos. No es la alegría de la Procesión de octubre, pero parece como si llenara más.

Él lo sabe desde casi siempre. En ese Vía Crucis que más que verse, se siente en las entretelas del alma, Dios se hace especial presencia en la orilla.



DESCUBRIRSE COMO HERMANOS

La tarde poco a poco abandonaba aquella orilla y con ella huía entrecortadamente la tibia luz del crepúsculo. Era la hora del merecido descanso tras la fatigosa jornada de un trabajo que sólo ayuda a malvivir, pero que además te anula tantas cosas... En la orilla los hombres se sienten presos de una rutina que los aísla de quienes son. No, no se reconocen como personas. Son esclavos de un tiempo... que no es el suyo.

Sólo algunos parecen encontrar un horizonte nuevo, una chispa que quiere hacer prender un poco de ilusión a sus vidas, a las de los demás. Acaban de salir de la fábrica y con cierta prisa se dirigen a la capilla del barrio. Al cruzar aquella puerta, se sienten inmersos en un mundo nuevo. Las lámparas encendidas alumbran un espacio grato donde se sienten acogidos, queridos, respetados.

Allí está Ella, la Virgen, la Madre. Y son felices. Le rezan atropelladamente, como están acostumbrados a vivir, pero, luego, inesperadamente, callan en su recitación aprendida y quedan en silencio, mirándola, quizá llorando porque a una Madre nada le puedes ocultar y se sienten ahora tan acompañados... que en estos breves instantes saben reconocerse... para que Ella les reconozca.

Son momentos que han aprendido a apreciar porque, viendo los rostros de sus compañeros al rezar, se han descubiertos como hermanos. La Hermandad es para ellos mucho más que un grupito de oración, de devoción.. Es su vida. Y la contagian porque saben que sólo se vive haciendo vivir, que no pueden aislarse de esos compañeros que no viven, que no saben hacerlo... Por eso un buen día empezaron con esta procesión por las calles, con ese Rosario que ahora se disponen de nuevo a sacar.

Hoy, sin embargo, esta procesión adquiere un nuevo significado. Es primer viernes de Cuaresma y Alguien quiere salir con ellos para bendecir aquellas calles sin luz, aquellos rostros desfigurados por el trabajo sin sentido... También Él tiene el cuerpo desfigurado por tanta incompreensión, odio, violencia... pero en su rostro no hay rencor, sino Paz, amor. Sí, sólo así se puede alumbrar al corazón.

El capellán toma a aquel Señor entre sus manos y sale de la capilla. Los hermanos le siguen con cirios. Dios está con ellos en la orilla.



LOS NIÑOS

A Eva, José Juan y Antonio, que iniciaron la nueva generación de cofrades

Un buen día aparecieron por la capilla en el transcurso de sus juegos infantiles. De hecho ya antes habían querido entrar para ver a la Virgen, pero no se atrevían. Su ingenua devoción a la Patrona reverdecía cada año cuando era llevada en procesión en el mes de octubre. Sin duda, sus padres o abuelos les hablaron de Ella con cariño. Pero los niños del barrio querían también tener a María con ellos todos los días, querían conocerla mejor, visitarla por las tardes al salir del colegio y compartir con Ella sus alegrías, ilusiones, inquietudes... sus secretos.

Los hermanos se encontraban preparando aquella tarde el Vía Crucis del Señor de la Paz y en sus rostros sudorosos se percibía un evidente nerviosismo porque habían salido muy tarde de los trabajos y el tiempo se les echaba encima. Todo era un continuo trasiego con los cirios, el Simpecado.. Se acercaba la hora de salir y todavía tenían tantas cosas que hacer... De pronto sintieron que la puerta de la capilla se abría muy poco a poco... y al levantar la vista observaron a aquellos niños y niñas y algunos reconocieron en ellos a sus hijos. Estaban asombrados porque nadie había reparado en cerrar la capilla y molestos ya que les estaban interrumpiendo su trabajo. Su primer impulso fue el de mandarlos a sus casas a ayudar a las madres a preparar la cena y arreglar los balcones para el Vía Crucis. Pero se lo pensaron mejor: interrumpieron su trabajo y les animaron a pasar. Varios miembros de la junta los llevaron consigo ante la Virgen y recitaron con ellos una breve oración. Fue algo muy especial, cargado de esa emoividad que a veces nos hace sentirnos presos de una felicidad que nos sobrepasa. Aquellos hombres se dieron cuenta de que no estaban solos, que la Hermandad que ellos habían reorganizado estaba echando raíces en estos niños del barrio.

Esa noche los niños no pudieron dormir. Habían sido muchos momentos intensos: el Vía Crucis había concentrado a todo el barrio. Los niños no se perdieron detalle e incluso comentaban con los vecinos tal o cual cuestión que les habían explicado en la capilla. Desde entonces se sintieron hermanos de la Virgen y del Señor de la Paz como aquellos hombres que cuidaban de su capilla. Dios seguía estando con ellos en la orilla.



TERESA

Otra vez ese silencio lleno de misterio que sobrecoge el ánimo. En la penumbra de aquella capilla, un Hombre muere un año más en aparente soledad entre un sin sentido de amargura. Es un silencio de amor que sobrecoge el alma de aquellas personas que rezan en voz baja. Es un silencio que duele porque a nadie puede dejar indiferente.

Junto a la puerta, casi pidiendo perdón por estar allí, una mujer ya mayor musita sus oraciones, a su ritmo, con los ojos fijos en el Crucifijo de la Paz que preside el altar de cultos. Y molesta porque “desentona” y muchos quisieran callarla, pero les pueden las apariencias. Bien sabe ella de hipocresías y orgullos entre aquellas paredes benditas. Nadie es perfecto, lo asume, pero también para ella hay una mirada de Amor. ¿Amor? Sólo hay Alguien que la sigue viendo joven, bonita, enamorada. El paso de la vida le ha dejado desdichas, incomprensiones y el corazón ha creado grietas por donde se escapan ilusiones, afectos, esperanzas. Hoy sólo le queda ese Señor de la Paz, que ella siente como el Niño que sostiene la Cruz en la rodilla de la Madre. Y baja los ojos, quiere llorar y no puede.

Y Él va a su encuentro, poco a poco. Alguien la ha tocado en el hombro y la hace salir de sus recuerdos. ¡Ahora le toca a usted! Es el Hermano Mayor. Ella no sabe qué decir, qué hacer. No se lo esperaba. Le ofrece llevar en sus manos el Santo Crucifijo del Vía Crucis. Ahora sí puede llorar porque ha visto en esa cruz como en un espejo el rostro de alguien ya olvidado. También para ella hay una Salvación.

Mientras tanto, aquel hermano ha vuelto a la mesa de la Junta y en silencio reza y suspira. No es la primera vez que le pasa como Hermano Mayor descubrir en lo que hace un Misterio. Esa mano que tocaba a la mujer, esa voz, ese gesto evitando toda negativa. No quiere explicárselo.

El Crucifijo ha ido pasando de hermano a hermano durante las catorce estaciones. El Misterio de la Muerte ha llenado de fe y de vida a aquellos cofrades. Pero el milagro sigue allí, entre los que han venido a los cultos, los que han vuelto tras alejarse de la Hermandad, en el clima de acogida que se respira... porque a este hermano no se le puede decir que no, como a aquel Señor de la Paz que sigue llamando desde la orilla.



AQUEL VÍA CRUCIS

Amanecía el barrio en blanco y negro. No sabría decir si era sueño o una de esas realidades que a veces parecen absurdas por su obviedad. Era blanca esa mañana de invierno, la claridad absorbía poco a poco las últimas penumbras de la noche... Pero era una claridad neutra, sin atisbos de color... como si buscara misterioso contraste con su estado de ánimo: oscuro, resentido... a modo de esas molestas y persistentes manchas negras que perturban en los ojos la visión... En él, le impedía ser, casi vivir.

Sólo en quienes le rodeaban podía percibir que más allá de sí había color, vida, matices de ilusión, de asombro, de alegría. Querría pedir prestados al menos por unos instantes los ojos intensos con que aquellos niños del barrio miraban a sus madres que, con una sonrisa, les mostraba una golosina... los de aquellas mujeres ya mayores, con el negro del dolor en sus vestidos, iluminados por la luminosa imagen del Cristo de la capilla del Rosario, que ahora presidía el altar mayor en el Triduo de Cuaresma.

Pero no sólo eran figuraciones suyas. Desde muy temprano parecía como si el sol brillara de otra manera, menos perceptible... y cuando ya atardecía sus rayos no conseguían dorar cálidamente los rostros amables, los verdes chopos de la orilla, ni siquiera rozar en un breve adiós la madera bendita de la Virgen del Rosario.

Había acudido al Vía Crucis del Cristo de la Paz, buscando un poco de consuelo, quizá sólo de compañía... Allí, en la densa oscuridad del incienso y los rezos, sobre un breve catafalco, descansaba la imagen del Señor muerto en la cruz... Comenzaron las estaciones y los hermanos iban tomando al Santo Crucifijo en sus manos mientras el lector recordaba los momentos de la Pasión. Había una comunión muy especial con ese Cristo sufriente, como si esa pasión y muerte fuera un poco de todos. Sintió en sus manos el peso del dolor de aquel hombre, la aspereza de la cruz, las lágrimas no derramadas y quiso morir también él en aquel instante. La muerte –se decía– no es sino ver la vida en blanco y negro... Cerró los ojos... pero, entre la oscura penumbra, sintió como un escalofrío: alguien reclamaba también la cruz de ese Cristo y se dio cuenta, en el contacto frío de esas otras manos, que le entregaba también la suya...

Continuaron las estaciones...El Cristo había estado muriendo en muchas cruces, pero, a pesar de su apariencia, nadie lo sentía muerto en la ya cálida madera. Tampoco él. Percibió poco a poco la tenue claridad de las velas con sus matices dorados y los rostros de aquellos cofrades cobraron viveza, como la discreta luz roja del Sagrario, que durante el Vía Crucis parecía haberse escondido en el blanco y negro de un estado de ánimo... Dios volvía a la claridad de los hombres en la orilla.



EL VÍA CRUCIS DE DOLOR

Hay una soledad gris que parece repetir, una tarde más, la rutina en las calles del arrabal, rutina llena de sonidos diversos, ora estridentes, ora sordos... que se perciben antes de nacer al ámbito cotidiano de las gentes. No obstante hoy, esa soledad adquiere alguna tonalidad cromática que se hace sensible cuando la campana de la capilla llama a la Oración. Es Miércoles de Ceniza.

Se ha sacado del armario el viejo Simpecado morado y con delicadeza el Prioste pasa un paño limpio y seco por el lienzo de dolor que figura en su centro. Es un momento que provoca escalofríos entre los cofrades, a pesar de que existe en este olvidado arrabal una cita demasiado cotidiana con la muerte. Y cada vez que un hermano es llamado junto al Señor de la Paz, el armario vuelve a abrirse y el triste Rosario sale de la capilla a rezar un responso a su domicilio. Tan sólo hace unos días el dolor nunca asumido de la muerte inundó de tristeza al Hermano Mayor. Con una mirada intensa cargada de recuerdos quiso ver de nuevo a su padre en los ojos de la Virgen que cada domingo le devolvía la imagen del hombre bueno y cabal con quien aprendió a vivir y a creer en un Dios de esperanza y de amor. Aquel padrenuestro antes de la salida del Rosario fue rezado con lágrimas. Con un rostro muy serio hoy ayuda al Prioste a preparar el Simpecado para el Vía Crucis del Señor de la Paz.

Una fresca brisa invita a respirar el aroma de la naciente primavera cuando la cruz aparece en la puerta de la capilla, precediendo al cortejo. Son muchos los vecinos y cofrades que acompañan al Señor con sus hachas encendidas. Se ha quebrado la soledad monótona del barrio. El silencio se hace sonido y palpito. Las primeras sombras de la noche cubren la tibia claridad del sol que se ha puesto en el horizonte y se ha llevado tras de sí toda la rutina triste... casi toda... Pero hay más, algo que se percibe poco a poco, conforme la imagen del Cristo se hace presente más allá de los sentidos. Es esa devoción que es sentimiento y comprende sin palabras que la Imagen es, a la vez, hechura humana y presencia divina, como la muerte, que es evidencia y esperanza... Y un escalofrío va creciendo entre vecinos y cofrades mientras el Señor de la Paz muere sin remedio en cada rostro añorado por la ausencia, en cada dolor, en cada soledad... sintiendo con ellos otra vez toda esa Pasión que entonces parecía inútil... pero con la que— también ahora— salva a estas gentes desde la humildad y la pobreza de un sentimiento de amor que disipa el frío y toma fuerzas para seguir viviendo y esperando.

Es ya noche cerrada en los Humeros. Los hermanos apagan los últimos cirios del altar del Cristo. Y comienza a hacer frío. En la oscuridad de la capilla que se cierra hay todavía rescoldos de amor en torno a la imagen. En esa devoción Dios sale de nuevo al encuentro en la orilla.



JUAN ANTONIO

*A Juan Antonio Naranjo,
Sacerdote, in memoriam*

Allí está, con su dulce semblante, tranquilo, sereno, con la quietud de la muerte en unos ojos llenos de ternura, a los que falta la luz de esa mirada que invitaba a vivir. Sí, allí está, plasmado en esa efigie de madera que ahora contemplan con admiración aquellos hermanos a la tenue luz de unos cirios. Es primer viernes de Cuaresma y hace sólo breves instantes el escultor acaba de entregar la obra... Justo a tiempo. Lo esperaban. Lo necesitaban. Ahora comenzaría la ceremonia de la Bendición. Luego, el Vía Crucis... el primer Vía Crucis con el Cristo de la Paz.

Las estaciones se iban sucediendo en el tiempo y en la memoria de aquellas gentes. Cada momento de dolor en la Pasión cruenta de Cristo se unía al rosario de sufrimientos de muchos de ellos. Sólo Él podía iluminar una esperanza entre tanta miseria y muerte... Y a ella se aferraban porque sabían que en esta imagen veneraban a Alguien que sigue muriendo y viviendo en ellos...

Se llamaba Juan Antonio y durante varios años había sido hermano de la hermandad. Su vida fue un calvario... y también su muerte. Conoció la tristeza de tempranas pérdidas en su familia, pero afrontó la existencia con valentía... e ilusión. Su imagen de devoción, cercana a aquella capilla, se hizo un día realidad visible iluminando una vocación en la que nadie creía. Ni siquiera él. Fueron días de lucha consigo mismo, de dudas... pero también de certidumbres. Le encontró en la difícil cruz de una existencia que parecía perdida y, poco a poco, nacía en él una mirada distinta, una dulzura que impresionaba... como la del Cristo de la Paz...

Fue un milagro, sí. Pequeño... pero Él entró en su vida... y también le hizo compartir su Pasión y Muerte... con el dolor de un fin que sentía cada vez más cerca... pero con la alegría de haber sido elegido por Él sacerdote.

Mañana, Juan Antonio, estará a los pies de este Cristo de la Paz, con su dulce semblante, tranquilo, sereno... le faltará la luz en sus ojos muertos... pero los del alma estarán bien iluminados, llenos de vida, ante ese Dios que bendice en este Crucificado a todos en la orilla.



DON JOSÉ MANUEL

*A nuestro querido cura
D. José Manuel García Junco*

Viene apoyado en el hombro de un hermano, que lo acompaña, ajustando su paso al lento caminar de sus cansados pies. Se va sintiendo cansado de tanta monotonía diaria, se queja, se dice viejo y, corroborando sus palabras, muestra con su torpeza de pies, la veracidad de la afirmación. Pero no es del todo cierto. Miras su rostro y siempre aparece una sonrisa cómplice. Le hablas en serio y surge la ocurrencia feliz, la broma que te desarma y te impide hacerle cualquier observación. Bien saben de todo ello sus monaguillos ocasionales, niños y mayores. Hay que entenderlo y sólo es posible aquí, en esta capilla, en este domingo, por los que lo sienten cercano a él y se saben receptores de su cariño y amistad, aunque no lo manifieste.

Pero este Miércoles de Ceniza D. José Manuel no viene a decir la misa y se nota en el ambiente y en el corazón de los cofrades la ausencia del amigo, del sacerdote que tantas veces ha llevado el consuelo de la fe y la esperanza de un Dios misericordioso que se ha ayudado de este cura para mostrar la cercanía de su presencia y corazón generoso.

Y es el Dios Crucificado de la Paz el que preside ahora el altar de la capilla en estos días de Triduo y también, especialmente, los hogares de los hermanos presos de la enfermedad como D. José Manuel, que desde tan cerca del templo siente ese amor infinito que dimana de su rostro tranquilo y sosegado. El Señor de la Paz hace invisibles las distancias y reúne por el Amor a toda la Hermandad en su presencia.

Acababa la misa, los hermanos se van retirando a sus casas, se apagan las luces y en la oscuridad de la iglesia, la lamparilla del Santísimo dibuja sólo una estrecha penumbra. Es la señal visible de ese Dios que por amor sigue muriendo en la cruz y resucitando en todos esos vecinos que durante siglos han compartido el Cuerpo y la Sangre del Santo Cristo de la Paz por el ministerio de personas que, como este cura, desde la butaca de su casa sigue, entre bromas y veras, haciendo posible que ahora en Cuaresma Dios esté de nuevo en la orilla.



LA SOLEDAD

A Ana Belén,
desde la distancia

En la orilla se siente la nostálgica tristeza de una nueva atardecida, donde los últimos rayos cubren de oro añejo la espadaña de la capilla. Los ritmos se cadencian y un incierto silencio inunda las calles semidesiertas del barrio. La vida parece esconderse en el interior de las humildes casas, llevando consigo la delicada tibieza del último sol de invierno. Es la hora de la Oración y, fiel a su cita, el capiller del Rosario hace sonar la campana. Era, además, el primer día del Triduo al Cristo de la Paz.

Otros años, ella era una de las primeras que acudía a la capilla. A veces, incluso, llegaba antes de la hora y se embelesaba mirando hacia el horizonte dorado del río, mientras esperaba al capiller. Pero este año no irá. Así se lo dijo a su madre poco antes de las Oraciones, cuando se preparaba para salir. Sin más explicaciones, con el gesto serio y un rictus de amargura que, por un instante, desfiguró su boca. Algo se quebró en aquel momento. Sonó la campana. La madre sólo acertó a decir: *¡Es la Oración!* Notó que su hija luchaba consigo misma, pero se aferraba con encono en sus silencios. La conocía bien en sus enfados, y sabía que en aquella determinación había un gran dolor que quizá con el tiempo descubriría. *¡Me voy, hija! ¡Adiós, mamá!*

Era una chica joven, pero se sentía mayor... y cansada de tantas cosas... De la mano de su madre había aprendido a vivir, a rezar, a descubrir la grandeza de amar, de darse a los demás... como Jesús. Ahora se preguntaba si todo aquello servía para algo, si realmente merecía la pena ... Y no podía menos que ver en su alma la imagen crucificada del Señor de la Paz, solo, abandonado de casi todos, condenado y muerto por vivir en el amor... Se descubrió hablando sola, sorprendida en la espesa oscuridad de la habitación.

No sé qué siento dentro de mí. Es como si no tuviera corazón. Siempre había pensado que la vida me la habían dado para ser útil a los demás. He querido mucho, y con mis amigas me he volcado con todo el calor de mi confianza... pero he sufrido tantas traiciones, tantos engaños... No sé para qué vivir... ¿Es que todo lo que he vivido ha sido una gran mentira? Veo a gente alrededor que sólo viven para ellas... y les va bien. Parecen felices... No se amargan como yo... Quizá eso deba hacer...

Se dio cuenta que estaba llorando.

Fue algo extraño lo que sucedió entonces. En cada lágrima había una respuesta a sus inquietudes, a esas preguntas que parecían escaparse en el vacío. Aquello era algo más que un sentimiento. Sabía que estaba hablando con el corazón y ... que no estaba sola. Percibió de pronto un rumor de voces que se acercaban por la calle. La oscuridad se vio por un instante atenuada por luces que se asomaban por la ventana... Estaba pasando por la calle el Vía Crucis del Cristo y muchos vecinos rezaban las estaciones... Abrió la ventana. La comitiva se acercaba como un sueño de pequeñas luces en torno al Crucifijo. Allí estaba su madre, que no dejaba de mirarla... Se quedó quieta, sin saber qué hacer o qué decir. No le salían las oraciones aprendidas... Fue sólo un minuto. El Vía Crucis había pasado. Volvía el silencio. La casa se quedó en la oscuridad... Pero ella ya no. Ahora sabía lo que era creer: sólo rezar desde el corazón... y sentirse escuchada.

Un año más, en el silencio de la alta madrugada y en las pequeñas soledades de sus vecinos, Dios se hacía presente con su Amor en la orilla.



LOS OJOS DEL CORAZÓN

A Mari Tere

Se presienten en la orilla sonidos imposibles de una memoria infantil, ecos lejanos que evocan ilusiones despiertas tras el letargo frío y gris del invierno. Hoy se estrena una luz nueva en los atardeceres rojizos, casi silueteando perfiles tristes de cruz en el antiguo Calvario de los Humeros, y un sentimiento confuso de dolor y esperanza, inquieta a los vecinos que esta tarde asisten en la capilla al Vía Crucis del Cristo de la Paz. Muy pronto será primavera en el barrio.

Ella buscaba cada día la presentida claridad de la primavera. Sus ojos, más que ver, ansiaban reconocer en cada mirada la luz que estrena cada amanecer, esa luz tímida, casi inadvertida, pero que disipa suavemente las últimas oscuridades. Ahora, de pie, en el coro, rodeada de niños, observaba a las personas sentadas en la iglesia. Conocía bien sus miradas, no todas eran de luz. Mientras los recuerdos se impacientan en su mente, un escalofrío involuntario recorre su cuerpo: siente como suyas imágenes tristes de soledad, rencor, egoísmos inconfesables, odio, pasotismo... que ha visto en los ojos de tantos jóvenes como ella. Buscaba en esos ojos sus mismos sueños, los que cada día la ilusionan y hacen vivir, el tesoro escondido del amor a estrenar, los proyectos de su grupo de la parroquia, los del grupo joven de la Hermandad... pero estaban ciegos, reflejaban sólo sus soledades... Algunas eran los de sus amigas... pero no podía verlas... Tampoco ellas sabían, no querían... quizá porque entonces, como ahora, sentían sus invisibles lágrimas.

Era la hora del Vía Crucis. Sólo la breve claridad de los cirios iluminaban la capilla y al Santo Cristo de la Paz. El coro entonaba una suave melodía.. Era una canción muy especial para ella. Volvieron a su mirada las claridades presentidas. Los ojos de su Cristo parecían despertar a la vida y en sus pupilas cobraba milagrosa existencia la mirada de otros jóvenes, unas miradas de luz donde se había sentido reconocida, querida, encontrada, la mirada blanca y abierta de su hermano, del que tanto amor y ternura recibe cada día, otras tantas.... tras una interminable búsqueda, como la suya. En aquella Convivencia conoció esta canción y quiso que la aprendieran los niños. Miró al Señor de la Paz y descubrió en sus ojos un inexplicable misterio de amor, que la hacía vivir, quizá porque también reflejaba en sus pupilas el suyo... Supo que no podía seguir buscando la luz en otras miradas...

Sin decir nada a nadie, bajó del coro y se mezcló entre los hermanos que rodeaban al Cristo. Era la última estación del Vía Crucis y el Hermano Mayor se disponía a entregar la imagen del Crucificado para conducirla de nuevo al altar mayor. Le correspondía el turno a una hermana muy antigua. Pero aquella señora la había sentido bajar y, mirándola fijamente, le entregó la Cruz.

Ahora sus ojos descubrían las luces de muchas miradas, las que llenaban su vida, las que había soñado y por fin las sentía propias, aunque no sólo para sí. Con la cruz en las manos, ahora buscaba con sus ojos a otros sin luz.. Esbozó una tímida sonrisa y su semblante recobró la dulzura de siempre. Muchos entonces la miraron.

Cuando se encendieron de nuevo las luces de la capilla, en la mirada serena del Señor de la Paz se palpaba misteriosamente un brillo especial. En él, en los ojos de luz de esta chica, en los que quedaron iluminados por su sonrisa... y en la primavera presentida, Dios se quiso hacer presente de nuevo en la orilla.



MAYO



LA AUSENCIA DE LA VIRGEN

No puede evitar mirar hacia el camarín y sentir una inquieta desazón. Ha llegado la fiesta de Pascua de Resurrección y el Santo Cristo de la Paz sigue presidiendo el altar mayor. Ya no hay Muerte, sino Vida en el corazón que vuelve a latir en el glorioso cuerpo del Redentor... Pero no lo puede evitar...

Falta Ella. La bendita imagen necesitaba que esa madera labrada y pintada siguiera siendo estética de amor para sus cofrades. Que la dulzura de Cielo de su semblante continuara el diálogo de la Madre para con sus hijos. No lo puede evitar. La está sintiendo en su corazón en una sensación de afecto que lo llena. Pero... no sabe explicarlo... Aquella imagen hizo nacer una devoción que hoy es fe en el Cristo, Señor de la Vida, un sentimiento... que abrió entrañas de amor y quisiera... que las generaciones pudieran, como él, conocer a la Virgen a través de la imagen. Por eso la van a restaurar... Y muy pronto, estará, de nuevo, en la capilla.

No. No lo puede evitar. Y va al taller. No hay cera que alumbre ni brisa de río... ni rayo de luz que impregne de oro viejo la mirada de sus ojos... Pero hay fe. Y culto interno en el beso nervioso, escondido... No lo puede evitar... Le entristece verla así, como si estuviera sola... Aunque... está cada día mejor, restañadas sus heridas del tiempo por manos expertas... Se aleja para que puedan seguir.. La deja con ellos. Un día más...

Piensa en otra mujer, casi una niña. Su dulce semblante, la alegría de unos ojos muy grandes que te miran y sonríen... a veces se ocultan bajo una capa de repintes amargos... La recuerda en clase, aburrida, ausente... sin poderlo evitar... Contagia su simpatía. No soporta la tristeza. Le duele observar que alguien lo está pasando mal. Y se va hacia él, le hace carantoñas, hasta que consigue robarle una sonrisa. Todos hemos sentido más de una vez como esta chica ensancha nuestro corazón en la clase o viéndola tocar durante Semana Santa en su Banda de Música, cansada, rendida... pero tan contenta detrás, siempre detrás de la Virgen...

¿Por qué se acuerda ahora de ella? No lo puede evitar. Le haría tanta falta el amor de su Virgen, que recubriera de ternura las grietas oscuras del dolor... Se palpa la sensibilidad de lo eterno. La Virgen hará el milagro desde la fe. Será otra restauración, la que durante tantos siglos ha llenado de vida tantas casas del barrio, Pero no lo puede evitar... Sueña en el mes de mayo, en la imagen ya restaurada. En la lejanía, una marcha de palio, sonará más fuerte que nunca. Quizá nunca toque su clarinete tras la imagen bendita del Rosario, pero sentirá el calor de la Madre y la sensible ternura de sus hijos.. Dios no puede... ni quiere evitar seguir estando en la orilla.



EL CORRILLO

Poco a poco el sol iba dibujando sus tenues rayos en la incierta penumbra de la mañana y un progresivo cúmulo de sonidos marcaban el inicio de una nueva jornada apresurada y difícil en el barrio. Era domingo, pero parecía inevitable que la actividad había de continuar en las fábricas aunque los operarios a duras penas trataban de aligerar la labor para acudir al Besamanos de la Virgen en la capilla.

Las puertas abiertas de par en par, el suave aroma del incienso y la imagen bendita de la Virgen rodeada de flores invitaban a pasar, a disfrutar de la cercanía de la Madre de Dios y de aquellos vecinos que la tenían por Patrona. Era una fiesta, una auténtica fiesta de color y calor popular. La capilla se constituía en privilegiado lugar de encuentro de las gentes del barrio. Había felicidad en los rostros. El Besamanos era como un paréntesis obligado para todos. No obstante, algunas inquietudes no podían parar su actividad.

Y allí estaban, en un cerrado corrillo al fondo de la capilla. Nadie escapaba a su mirada y su comentario. Conocían como pocas la vida y milagros de los vecinos aunque nunca se preocuparon de comprender más allá de esa superficie que a todos iguala en una rutina insoportable que hace de la hipocresía una particular norma moral de convivencia. En un ambiente de fiesta, ellas nunca reían. Sus pálidas mejillas oscurecían aún más esos ojos sin luz con que manchaban la vida de tantas personas.

Ocurrió al acercarse a besar una de ellas las manos que la Virgen le ofrecía con amor de madre, sin rencor, sin una mala mirada. Un grito se dejó escuchar de improviso ante el estupor de la gente. Cuando sus labios rozaron la madera sintió como si un fuego abrasador emanara de la imagen. ¿Fue aquello real o es que Alguien estaba haciendo arder su corazón muerto?. No sabía decir. Pero sentía muy cerca a su Virgen del Rosario.. como nunca sintió en tantos rosarios... Aquella madera santa era madera de cruz, cruz de amor y sacrificio que hace nacer de nuevo y... empezar a vivir. No supo volver al fondo de la iglesia. Alzó su mirada hacia la Virgen y una luz nueva sintió brillar en sus ojos. Observó a su alrededor y se asustó al comprender que no conocía a nadie al descubrirlos de verdad mirándoles a los ojos con los suyos... con los de Ella...

En la mirada de amor de esta mujer, Dios se hizo presente de nuevo en la orilla.



LA CHICA QUE NO PODÍA SOÑAR

En la orilla soñaba perdida su vista entre las estrellas que, aquella noche, brillaban de una manera especial. Solía acudir allí tarde, cuando ya se había despedido de sus amigas, y estaba segura que nadie la vería. No había tristeza en su semblante, sino melancolía, tal vez hastío. Buscaba entre las estrellas, quizá, la propia luz de su ilusión.

Volvió la vista a su barrio. Estaba oscuro. Sí. Así lo había conocido siempre. Era la monotonía diaria de sus 16 años, la rutina de unos estudios que no le iban a servir, la soledad de una casa donde pocas veces se sentía querida, la tibia superficialidad de los compañeros que buscaban felicidades falsas que arruinaban su salud y sus vidas. Estaba cansada de no vivir.

Se dispuso a volver. Ya era muy tarde. Al pasar por la capilla percibió luces en su interior. La puerta estaba abierta. Sintió curiosidad. Alguna vez había entrado allí.

Recordaba su primera comunión. Eran otros tiempos. Se acordó de la felicidad de todos sus compañeros, rodeados de las madres que les arreglaban sus vestidos, los besaban... La suya ya no estaba allí. Se fue un día a vivir entre las estrellas que hoy vio brillar con tanta intensidad. Sintió la necesidad de entrar.

Aquella Mujer la miraba de una manera especial, con dulzura. Abrazaba amorosamente a su Hijo pequeño, que sostenía una cruz. ¡Cómo echaba de menos esas caricias, esos besos... ese amor que sólo una madre sabe darte... para hacer sentir muy dentro de ti... la vida! A la leve luz de unos cirios unos chicos como ella estaban preparando las flores junto con los oficiales de la hermandad. Los conocía. Algunas estaban en su clase. Pero nunca había hablado con ellas. Pensaba que no eran "gente de su rollo". Ahora las veía de otra manera. Las sintió muy cerca... No sabía por qué.

Una de ellas se le acercó y la besó en las mejillas pronunciando su nombre. No se lo esperaba. ¡Ven! Estamos preparando a la Virgen para el Besamanos. Es mañana. Ayúdanos. Nos has dado una gran alegría. *"Ven. Mira a la Virgen. Acércate. ¿Verdad que es bonita? Para nosotros es como una madre."*

Se dejó llevar. Lloraba... pero era muy feliz. Se acercó a la imagen. Sintió como suyo el abrazo de amor a ese niño. La miró a los ojos y besó su mano. Todos se sintieron sobrecogidos por la emoción. En el amor de esta chica, en esos ojos iluminados... comenzó un nuevo Besamanos y Dios se hizo presente, una vez más, en la orilla.



LA MELODÍA

La primavera se siente en su esplendor mágico. Hay una claridad brillante, limpia, que ilumina la espadaña en este atardecer. El ambiente se alegra con el perfume y el color de las flores de la orilla. Ha llegado el mes de mayo. Es el domingo del Besamanos de la Virgen.

Había llegado con todos los jóvenes a la Misa de Rosas. El coro era un confuso y alegre murmullo de voces nerviosas, de carreras constantes de arriba abajo por la inestable escalera, que el director trataba de sofocar. Tenían pocos minutos para ensayar antes de que comenzase la eucaristía. Estaban contentos y orgullosos. Ella también. Era una enamorada de la música, le encantaba el ambiente y se reía abiertamente en cada ocurrencia, cada mirada. Vivía intensamente la melodía, el tenor de las canciones, el punteo de la guitarra cuando la Sagrada Forma se elevaba entre las manos del sacerdote.

La misa había terminado. Pero para ella había ocurrido algo más. No sabía explicarlo, pero su semblante se tornó quedo, casi inexpresivo. Se dejó llevar en las conversaciones del atrio, en la informal comida de hermandad. Era como si en la partitura hubieran equivocado la melodía y nada tenía sentido. Regresaron de nuevo al Besamanos. Pensó en volver ya a su casa, pero tenía que despedirse de Ella. Con las prisas, aún no se había acercado a la Imagen. Lo quiso hacer con brevedad, sin detenerse como solía para mirarla frente a frente. No pudo. Su mano se aferraba a la de la Virgen y no sabía por qué. Sintió que debía quedarse.

Parecía ausente. Como si el tiempo se hubiera detenido ante sus ojos. Sentada en un banco de la capilla, apenas apartaba su mirada de la Virgen. Sólo, a intervalos, bajaba la cabeza y escondía su rostro entre las manos, como se estuviese llorando... Pero todo su ser era silencio. Silencio de oración, que pide, pero también angustia. Silencio de sacrificio resignado, pero que busca liberar los sentimientos. Silencio, en fin de soledad, pero ansiando consuelo y cariño.

El Hermano Mayor había comenzado el rezo del Rosario. Pasaban ya de las nueve. Estaba oscureciendo. Los ojos de aquella mujer recobraron la realidad del momento. Renacía de nuevo la melodía perdida. Terminaban ya las últimas Letanías. Fue sólo un instante... pero en el silencio de la capilla ella se sorprendió iniciando la Salve: *"De nuevo ante Ti, nos postramos Señora..."* Sonrió y su cara dibujaba amplios horizontes.

Con las puertas de la capilla abiertas al azul oscuro del río, la Virgen se hacía, una vez más, ofrenda del amor de Dios en la orilla.



LA ROSA DEL PASO

A Paloma

La tenía en sus manos como un tesoro. El calor, el propio sudor, el continuo ir y venir en la búsqueda de los pasos la habían convertido sólo en un recuerdo ajado de lo que fue una magnífica rosa... pero para ella todavía lo era... Su valor no se cifraba en la belleza aparente, sino en esa otra, invisible, honda, entrañable que sólo nace del amor.

Se cayó un Lunes Santo del monte florido de un paso... La fuerte sacudida de una "levantá", en la salida del templo, arrojó la flor a la calle... Ella estaba allí, como todos los años, junto a su Cristo, en esa larga penitencia a cara descubierta... La había tomado entre sus manos como una reliquia y con ella se quedó hasta la madrugada.

Era una rosa pálida, tronchada demasiado pronto de aquel monte donde el Señor empezaba a sufrir los rigores de su Pasión. Apenas tuvo tiempo de sentir el amor entrañable de aquel hombre a cuyos pies estaba... Era un amor extraño, lleno de esa entrañable amistad que disculpa a los amigos que le abandonan, lleno de ese sin sentido del perdón hacia los que quieren su muerte y ahora lo han hecho prisionero.

La rosa sintió ahora, en otras manos, aquella misma soledad del monte, pero era también una soledad llena de amor. Percibía los breves impulsos de la sangre en las venas de las manos de la chica, que aspiraba su fragancia con una emoción indescriptible. Después sintió el tacto de sus labios y supo que no eran para ella. No le importó el calor, ni los roces, ni ese sudor que, sin querer, le iba arrancando su frágil existencia... Se sabía especial para esta chica, un regalo, un tesoro de su Cristo. Un regalo de amor... Acunada por la devoción, con la nostalgia de aquel monte, aquella imagen, la rosa dejó su vida en el corazón joven de la ilusionada penitente.

En la víspera del Besamanos de la Virgen, rosas nuevas aroman con su fragancia la capilla. Son flores sin estrenar, tesoros sin nacer, que se ofrecen como un regalo que está por ocurrir... El sacerdote ha confeccionado con algunas de ellas unos hermosos centros, pero ha dejado otras sueltas, sumergidas sin adorno alguno en un recipiente con agua... para que mañana, los hermanos que no han podido traerlas desde sus casas, las recojan y, todos juntos, ofrecerlas a la Virgen del Rosario en la Misa de Rosas... Desde ese momento, ya benditas, las rosas se hacen devoción y sentimiento y cada una es petición y agradecimiento, inquietud e ilusión, promesa y perdón...

Atardecía el domingo. En la capilla, terminada la Salve, se apagaban las últimas voces de los hermanos. Una señora se acercó con emoción a la imagen, le besó las manos y con voz temblorosa pidió una rosa de la Virgen. No era para ella. Se la llevaría a su hija, muy enferma... La rosa nueva, bendita, llena del amor de la Virgen volvía ser, como la de su Hijo, un tesoro de vida y esperanza para otra chica.. En ella, en la de todos los hermanos Dios se hacía presente, una vez más, en la orilla.



“ME HA ABANDONADO”

A mi alumna Rocío

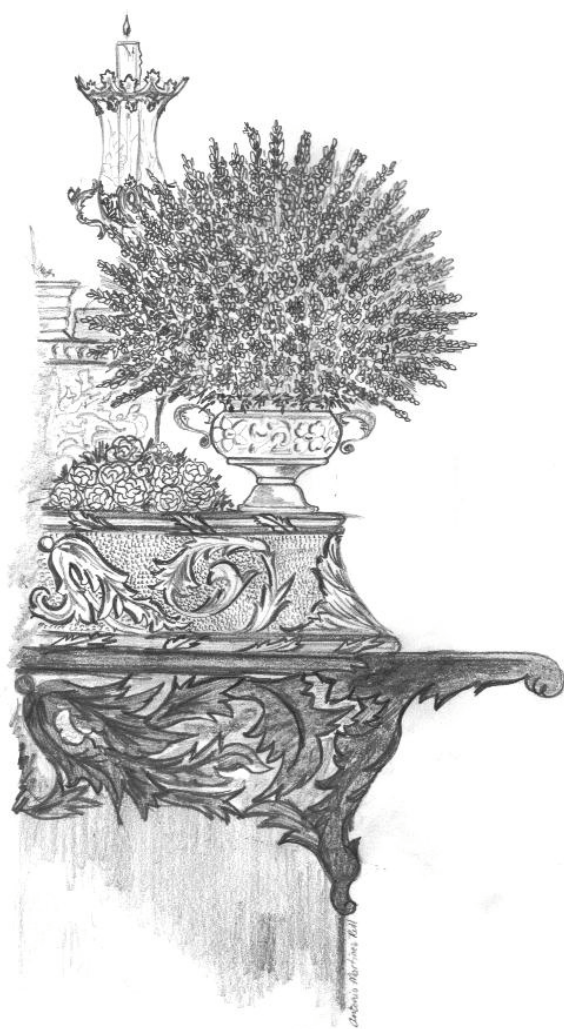
En la orilla el tiempo es como un río que fluye desde los recuerdos, y las imágenes, a veces, entre la bruma de la mañana, aparecen difusas, como los sentimientos, las devociones, esas esperanzas que las acompañan y un día fueron certezas. La capilla se abre a este río una primavera más para el Besamanos de la Virgen y hay un misterio escondido en cada rosa que se deposita ante su imagen, en cada beso y en esas miradas nuevas que hablan, sin palabras, de amor.

No había en ella esa mirada nueva. Se sentía distinta, extraña de ser quién era, de creer en lo que hasta ahora había sido su fe, de estar hoy aquí, como todos los años. Ocurrió un Jueves Santo, esperando la llegada del paso en aquella esquina tan especial, donde se emocionaba hasta las lágrimas mientras iba percibiendo los sonidos, el aroma, los murmullos y esas luces inconfundibles de los guardabrisas cuando se descubrían poco a poco ante sus ojos. Ocurrió sin más. De pronto supo que no debía seguir esperando. Él ya no vendría. Un inmenso sudor frío le hizo comprender que estaba sola, que el Cristo que en ese momento asomaba entre los aplausos de la gente, de sus amigos era sólo una talla de madera. En su universo de niña, Él era el centro, la evidencia de todo misterio, la certeza entre tantas verdades, la esperanza entrañable en sus sueños imposibles. Se sintió vacía, al borde de un precipicio que la aislaba de sus amigos, de su familia, de esa religión que le parecía hueca porque Él no estaba allí, nunca lo había estado. Su tristeza a veces se transformaba en rabia: pensaba que la habían engañado. Quería gritarle a todos la mentira en que había vivido, pero le podía más la vergüenza de sus recuerdos infantiles, de esos remordimientos que tenía al fallarle a Dios, sus prisas por confesarse, pero, sobre todo, esas oraciones pidiendo por sus seres queridos, por ella misma, la angustia por o sentirse escuchada. En el fondo de su ser se resistía a lo que para ella era una evidencia, porque la estaba destrozando como persona, dejándola con un vacío inmenso...

Flotaba sin rumbo entre la muchedumbre. Antes había criticado la incoherencia de quienes gustaban de ver la Semana Santa, vestirse de nazareno, pero se declaraban agnósticos, ateos... Sus mismos amigos de las hermandades se consideraban al margen de una Iglesia, que tampoco ella comprendía muchas veces, del compromiso. En aquellos veladores unos nazarenos se habían salido de las filas y se tomaban animadamente unas cervezas mientras pocos metros más allá transitaba el paso de un Cristo Crucificado en silencio. La gente no rezaba, sólo miraba, aplaudía las marchas, las mecidas de los costaleros. Nadie se planteaba su drama. Dios no era una inquietud y menos un problema.

De vuelta a su casa, temprano, pues tenía que prepararse para la Madrugada, reparó que la puerta de la parroquia estaba abierta. Era un templo moderno, habilitado en el sótano de un bloque de pisos. En el interior brillaba una luz tenue mientras por la megafonía se escuchaba muy baja música de órgano. En un rincón pequeño estaba el Monumento, apenas adornado de unas flores y cirios. Era muy distinto de los que había visto en el centro, auténticos montajes artísticos. Tampoco había mujeres de mantilla y hombres con chaqueta: sólo los dos sacerdotes y algunos feligreses que venían casi sin arreglar desde sus casas. Se sentó tras los bancos. Allí Dios no era evidente. Estaba como ella, casi solo, lejos de las procesiones, de las apariencias. Y la estaba esperando desde unas horas antes, en aquella esquina. Descubrió su silencio, sus gritos ahogados de impotencia, su tristeza de muerte, su amor escondido en aquel sagrario. Se sintió llorar y sus lágrimas tenían un eco tan próximo, tan natural, que le entró miedo. Aquella tarde había pensado qué sería de ella sin Dios, sin esa fe que le daba una esperanza en otra vida, un alma inmortal, un sentido, algo por lo que seguir viviendo... Ahora parecía descubrir que Dios no quería serlo sin ella.

Las imágenes, sus sentimientos se hicieron de nuevo presentes en la capilla. Miró a la Virgen y su corazón volvió a sentirla nueva, como antes, como siempre. Los cirios encendidos, las rosas... esas vecinas ya mayores del barrio le recordaron el Monumento de la parroquia. Entonaban con devoción la Salve que les enseñó un chico joven, como ella, y un estremecimiento involuntario le devolvió la fe. Dios permanecía una primavera más en la orilla.



OCTUBRE



VIVENCIAS

*A Mari Carmen,
pregonera de sentimientos callados*

Volvía el Rosario de Gala de su Novena de calle. A la tenue luz de los faroles los hermanos cantaban a coro las avemarias. Era la víspera de la Procesión. El Prioste se había quedado vistiendo a la Virgen. Eran ya muchos años con Ella, pero siempre le parecía distinto. En el diálogo mudo de la oración, toda su vida pasaba ante él como un relámpago inquietante de tormentas y bonanzas. Había "quemado" mucha vida, pero las cuentas de ese rosario que un día recibió de sus manos benditas seguían llenas de amor. Y lo notas en su mirada a la Virgen y en esa bondad natural que a veces no puede ocultar.

En medio de los coros del Rosario, hacía los Ofrecimientos de cada Misterio el Hermano Mayor. En la cadencia de las avemarias, su mirada recorría la comitiva. Sí, todos habían leído algo o habían llevado un rato el Simpecado, o la cruz... Conocía la ilusión de esos niños pequeños, los protagonismos ocultos de algunos habituales, la vergüenza de aquella chica, el disgusto del que se sentía dolido por esa decisión de la junta, el temperamento difícil de alguna devota... Conocía a los hermanos, sus miserias y limitaciones... pero estaban allí... una sonrisa, una palabra, una mirada... un gesto... y era un encuentro esperado con esa Hermandad que los unía a pesar de todo... Siempre pensaba que era un milagro de la Virgen.

El Rosario entraba ya en la capilla. Sólo quedaba la Salve. Y tenía que ser un momento especial. Todos la conocían: era una chica menuda, de ojos vivos y grandes. Hace unos días había pronunciado unas palabras bellísimas sobre la Virgen y sus vivencias en aquella capilla entrañable. Volver a verla allí, en aquel atril, era como anticipar sentimientos de una Procesión ya inminente. Quiso empezar, pero no pudo entonarla. No hacía falta, adivinando aquellos nervios, los jóvenes habían comenzado a cantar.

En aquella oración callada del prioste, en los cuidados de ese Hermano Mayor y el sentimiento de esta chica, Dios volvía a hacer sentir su presencia en la orilla.



LA ILUSIÓN

A José Juan

Anohecia en las vísperas de la Virgen. Era grande la animación en los corrales preparando guirnaldas de flores, mantones... para adornar balcones y calles con vistas a la Procesión. En la capilla ya estaban los hermanos ultimando el montaje del Paso. Había acabado muy pronto el Rosario para que todo estuviese dispuesto para el Rosario de la Aurora. Había que bajar a la Virgen. Todos estaban muy nerviosos.

Con los ojos muy abiertos, aquel chiquillo observaba junto a sus amigos cómo la imagen querida de su Virgen abandonaba el camarín, llevada con mimo por dos hermanos y como, con emoción, casi sin darse cuenta, se escuchó a sí mismo musitando en un susurro transmitido de boca a boca, de corazón a corazón, las interminables avemarías que acompañaban el humilde traslado. Todo era sencillo, sincero... La Virgen desapareció de su vista.

Escuchaba el lento caminar de los dos hermanos bajando con mucho cuidado la inestable escalerilla de la sacristía. Les habían dicho que esperaran en la capilla, que no podían pasar adentro... Pero él no pudo más. Miró a su hermana y corrió a ver bajar a la Virgen en la sacristía. Un reproche sordo sintió en algunos ojos, pero no le importó. En su pupila, borrosa por las lágrimas, volvía a reflejarse la singular presencia de la Madre y ya no se borró hasta que con mimo fue subida a su Paso.

Aquel niño sintió algo especial. Apenas pronunció palabra durante toda la noche, cuando todos volvieron a su corral para ayudar a tejer las guirnaldas para calles y balcones, especialmente ese tan querido que se habían reservado la chiquillería del barrio con todos sus pocos ahorros. En silencio soñaba todavía con Ella y esa sonrisa que siempre iluminaba su cara, resplandecía de una manera especial. Nadie sabía qué habían preparado. Tenía que ser una sorpresa para Ella...

Amaneció el día de la fiesta. Transcurrió el Rosario y, pasado ya el mediodía, la Procesión iba de recogida por las calles del barrio. Al llegar el Paso a la altura del balcón de los niños, una lluvia de pétalos cubrió el cielo de Ella y dos voces llenas de fuerza destacaban entre el improvisado coro infantil. Una de ellas era la de este joven que lloraba por su garganta rota... Había algo más que emoción y sentimiento porque, pasados los años, el chico que ya es casi un hombre sigue sintiendo lo mismo que aquella víspera de la Fiesta, más allá de sus ojos, más cerca del corazón... de Ella. En esa imagen bendita y en este chico, en su amor, Dios seguía muy cerca de todos en la orilla.



“PERDER LA VIDA” EN LA HERMANDAD

A Antonio, el prioste

Era una estampa viva de esta orilla del río donde cada tarde se sentía muy cercana la invisible presencia del Misterio con el toque de oraciones. Los vecinos lo sentían como una parte ya de sus vidas pues a pesar de su juventud había entregado todos sus afanes a mantener la llama viva de la devoción en la capilla de su Virgen del Rosario.

Desde muy pequeño había ido creciendo en él la ilusión por llegar algún día a ser el que cuidara de aquella imagen bendita, de su capilla y era el que con más decisión se acercaba todas las tardes a la capilla con su pandilla para ayudar a los hermanos de la hermandad a preparar el Rosario o en los días de lluvia escucharles en silencio en la sacristía... Soñaba con ser uno de ellos y se sentía feliz cuando se contaba con él.

Aquella noche se preparaba el Paso para la procesión de la Virgen. Poco a poco iban llegando hermanos para colaborar en el montaje. Hacía ya casi un año que no les veía porque sólo ahora parecía tener sentido ir por la Hermandad. Muchas veces se había preguntado si valía la pena su dedicación, si no estaba perdiendo el tiempo y la vida... Bueno, tenía un trabajo... y la Hermandad... pero ¿vivía?.. Cuando de chico iba a la capilla aquellos cofrades no le hablaban de más vida que aquello y, sin embargo - ahora lo pensaba- ellos la tenían, pero se evadían de todo lo que no fuera lo cofrade. Estaban contentos con él porque lo sabían dispuesto a echar una mano, pero nunca le habían preguntado quién era, que quería ser de mayor, si le preocupaba alguna cosa... *¡Es tu vida y no la hermandad de lo que te tienes que preocupar!* - le decían sus amigos que poco a poco iban eligiendo el rumbo de su vida- ... ¿Sería verdad? Se experimentaba solo e incomprendido. ¿Dónde estaba la Hermandad cuando trabajaba en la capilla? A su alrededor sentía esa vida que crecía fuera y a la que parecía ajeno. ¿Por qué? ¿Por qué seguía allí?...No se podía permitir no ser sincero..

Había que ajustar la corona. Miró a la imagen. La plata reflejaba su rostro cansado, pero feliz. Un año más recordó el porqué de un compromiso. En sus ojos, sus manos, su corazón... había amor... que se entrega sin más, casi sin sentido...

Iba naciendo la luz en la bruma de la mañana. Era la hora de la salida del Rosario. Se adivinaba el esplendor de la fiesta. Estaba radiante... Las gentes agradecían sin palabras ese amor que hacía nacer en los corazones amor también... a la Virgen... No es fácil comprender... A veces existen personas así... que harán que la Hermandad ideal se convierta en realidad. Dios, sin embargo, estaba con él, pero también con sus amigos y hermanos en la orilla.



EL MILAGRO PEQUEÑO

De la mano de su madre, con una sonrisa tímida, aquella chiquilla apenas te miraba cuando tratabas de hablarle. Quizás no se acostumbraba nunca a ser ella misma... Le era más cómodo, menos doloroso. Su madre quiere protegerla de sus miradas, sus palabras, sus pensamientos... y también de sus sueños de niña grande... *¡No quiero que le hagan daño, sabe usted! Es que las compañeras la ven así, tan lenta, y la llaman tonta... Y yo sé que sufre, aunque parece que no se da cuenta.*

La vuelvo a mirar y le sonrío. Trato de que hable, pero su madre no consiente un sólo instante de libertad. Vive por ella, para ella, porque no se atreve a asumir otra vida... Necesitaría tiempo, y menos hijos, quizá un marido... Pero sola, con cuatro chicos, viviendo de un trabajo que le consume todo el día, ha aprendido a aceptar las situaciones, pero no a dejarla vivir a ella... No le basta la consecución de una paga extra, de asegurarle los estudios, un psicólogo...

Faltan las palabras, pero nace en el corazón algo más que un sentimiento de afecto. Quisieras hacer algo más... pero no puedes... Pero hay alguien que sí. Otra Madre, que es corazón humilde que acoge desde dentro, secando lágrimas que ahogan el alma, infundiendo calor a las mejillas grises, refrescando con una sonrisa sus labios secos, su garganta ardiente... Ha dejado el rosario y la está llamando a fundirse en un abrazo con... su otro hijo Jesús, tan niño como ella... No sé si habrá reconocido a esta Madre que va llegando a ella desde mi oración... porque a ella no le han hablado casi de la Virgen... pero hay evidencias que no nacen de los libros, sino del corazón.

Mientras tanto, la capilla, con sus galas, se prepara para la Función Principal. El camarín está repleto de flores. Cansado, pero feliz, el sacerdote se ha arrodillado en la capilla. Ahora que nadie lo ve, está rompiendo a llorar. No hay motivos, pero cuando está solo frente a ella, siempre se acuerda de las veces que ha sentido su alegría en momentos de crisis e incomprensión. Mira la imagen y él- que sabe los secretos de su Virgen- descubre que ahora Ella está llevando su consuelo a otra persona, en otro lugar... La ha sentido despedirse un instante... La espera... junto a su Hijo.

Acaba la entrevista. En el aula se siente el milagro pequeño. Pero no ha terminado mi oración. Saludo a la madre y me acerco a la niña. Todo el cariño del que soy capaz se lo ofrezco en un beso. No sé por qué. Pero siento que los dos ahora sí, nos hemos comprendido sin palabras... También Ella se ha ido...

Otras oraciones, otras miradas, la espera del sacerdote, la ilusión de la víspera en niños y mayores... La orilla se ha hecho sacramento de Dios en esta imagen, en esta capilla. Y un año más, en las fiestas del Rosario, se hace presente con todo su amor en la orilla.



EL CREADOR DE SUEÑOS

A José Manuel,
escultor y amigo

Nacerá un nuevo día la mañana y, con ella, la ilusión de mirar la realidad como si estrenara toda la fuerza del sol que aparece radiante en el horizonte del barrio. Y, una vez más, casi sin querer, se descubre el regalo de esa vida que nace como ilusión indefinible, como deseo de un sentido que nunca percibes en su totalidad.

Quizá por ello, él siempre se había dejado llevar por las novedades que surgían a su alrededor, presintiendo en cada una un atisbo de plenitud, que le animaba a adentrarse en la aventura, pero eran en su mayoría caminos ya explorados donde reinaban los prejuicios, el hastío, la degradación de todo sentido humano...

Había llegado al mundo de las hermandades de la mano de quienes, como él, se atrevían todavía a soñar despiertos en unos ámbitos de amistad sincera, en una devoción que, nacida de la belleza estética, fuera faro de acogida fraterna, de vivencia espiritual, de cuidado en las expresiones del culto, de las procesiones. Tenía una sensibilidad especial hacia la mágica atracción del arte, era como una llamada interior que acompañaba su claridad a su descubrimiento como persona y a la, a veces dolorosa, búsqueda de los valores que merecían la pena en la vida.

Ahora su mente era un mar de dudas, y su corazón apenas una isla de carne. Las novedades de su alrededor eran tantas veces un círculo de conveniencias, un intrincado circo de vanidades, una escalada sutil donde a veces te rompían los peldaños... ¡Era tan grande la tentación de no ser nadie, de confundirte en el anonimato hipócrita y de la crítica despiadada... para poder ser "alguien"! ... *Quizá este sea el camino... Quizá es mejor resignarse a dejar los sueños y afrontar las pesadillas porque te acercan mejor a las realidades... Quizá eso sea la madurez, una cansada resignación, un no ver más allá de las fachadas, un no querer ver...*

Aquella mañana, en las vísperas de la Procesión, había llegado a la capilla solo. Una tibia claridad inundaba el silencio. Todo su ser era una mirada a la Virgen. No sabía rezarle con oraciones aprendidas, sino con esas otras que son diálogo inquieto, búsqueda apasionada del corazón. Sus oscuros temores se iban disipando... Toda su mente era un misterioso recuerdo, un sueño que creía perdido en la inocencia de la juventud, aquellas palabras entrecortadas, una promesa... tantos sacrificios. Todo aquello que su devoción le dictaba... Seguía estando allí, como un milagro más, esperándolo. No, aquella oración seguía allí, como la mirada intensa de la Virgen, más allá de aquel deseo, que hoy es su vocación y trabajo. Su corazón se volvía a llenar de juventud, pero era más de lo que esperaba. Ahora lo sabía: aquel sueño no era para él, sino una llamada para ser creador de sueños, de que las gentes pudieran sentir el sueño del Amor en sus corazones cada vez que miraran una imagen como aquella, hechura de unas manos como las suyas, emoción de su corazón.

El sol iba abarcando su claridad por la fachada de la capilla. Salió en silencio, sin mirar atrás. No hacía falta. Se acordó de aquellas palabras de las mujeres de su pueblo, cuando le contaban de pequeño que la Virgen era como una madre, y que, rezándole con devoción, te cogía de la mano para que nunca te perdieras ni te hicieras daño.



HACE YA DIEZ AÑOS

En la orilla siguen desde hace diez años como descubriendo cada día nuevos juegos para seguir con Ella, como si todavía su inquieta fantasía de niños se negase a asumir que ya no tienen edad para esos juegos casi imposibles donde la inocencia y el misterio les llenaban de ilusión y entusiasmo, donde las convivencias eran una fiesta que nunca, nunca se resignaban a terminar, quizá porque temían que con ella se acabaran otras cosas... Y contagiaban. Y hacían que personas mayores jugaran con ellos... y se dejaran llevar a un mundo secreto donde nada tenía una lógica seria, pero donde como pocas veces podías sentir a la Virgen tan cerca de sus corazones.

Hay en sus ojos un brillo especial que no se ha perdido con los años, miradas que evocan momentos de confidencias en las que los niños comienzan a descubrir los por qué de la vida, miradas de silencios absortos en los rosarios de los jueves, miradas, en fin, que te desarman porque a veces te llegan muy adentro. Son ojos que han mirado mucho a la bendita imagen que un día adoptaron como amiga y confidente de sus juegos, a la que dieron en la sinrazón infantil un afecto singular en su corazón.

Pero no todos siguen en esta orilla de la Virgen. Y son ausencias sentidas más allá de la nostalgia con que se repasan antiguas fotos. Las imágenes evocan, pero no pueden sustituir las vivencias con tantos niños que una vez estuvieron aquí en la capilla compartiendo alegrías, tristezas, problemas...problemas difíciles que al final los alejaron casi sin darse cuenta. Vuelves a mirar en la orilla y observas como todavía les duele haber sido sólo niños y no poderlos retener.

Es la víspera de los cultos de la Virgen. Uno de estos niños hoy tiene la responsabilidad de pronunciar el Pregón de la Hermandad. Como pocas veces en su vida se siente tan nervioso, pero a la vez tan feliz porque en su corazón ya existían demasiadas palabras de amor sin decir a su Virgen y a todos esos niños que una tarde decidieron venirse a jugar a la Hermandad y Ella quiso que se quedaran a vivir en la capilla.

Hay silencio en los hermanos. La capilla se estrena de nuevo radiante para la fiesta de la Virgen. Se percibe el agradable aroma del incienso mezclado con el de las flores del altar, dispuesto con brillantez por uno de aquellos niños. Todas las miradas están fijas en él... pero hay una especial, muy cerca ... mirada de luz y de amor, mirada que sólo se comprende entre hermanos. Ha llegado al atril y sus ojos se vuelven a la Virgen como tantas veces en momentos de dificultades e incomprensiones, pero también de honda alegría como el anual encuentro con Ella en el balcón de Bajales, donde parece que no ha pasado el tiempo...

En las lágrimas escondidas del Pregonero y la sonrisa invisible de aquella Imagen, Dios se hacía presente una vez más en la orilla.



UNA MIRADA DE NIÑA

A G. y su "movida"

Era, ante todo la fiesta, y el vecindario había preparado durante la víspera cadenetes en las calles y mantones humildes, pero vistosos en las ventanas. La alegría parecía connatural en las gentes a pesar de sus carencias, de esos sufrimientos inevitables que se escapaban en suspiros sin alma en la rutina de cada día. Pero hoy es la Procesión de la Señora y todos quieren estar alegres, necesitan sentirse así ante Ella. Es una entrega generosa por Quien se saben queridos, confortados en sus padecimientos, por Quien ha querido ser una más entre las pobres mujeres del barrio.

Aquella chica marchaba tras el paso con unas amigas. Lucía una sonrisa abierta, contagiosa. Era muy popular en el barrio: todos se paraban a hablar con ella, pero sobre todo a escucharla porque siempre tenía en su boca una frase ocurrente, un chiste, el último "chisme"... y... una palabra amable para todo el que se cruzaba en su camino. Vivía en plenitud todas las fiestas, todas las reuniones, sus "movidas" siempre acababan con los albores del día si había "buen rollo", porque –eso sí– no soportaba la superficialidad ni la hipocresía... Y sentía que la mayoría de sus colegas del barrio, en el fondo, no sintonizaban con sus expectativas, con esa ilusión oculta que buscaba afanosa con sus ojos grandes y su sonrisa achispada.

Nadie diría que fue ella quien lloraba en silencio en la capilla vacía aquella tarde de vísperas, cuando el capillero se encontraba en la sacristía y aún era pronto para la Novena... Necesitaba rezar por sí misma, no ser sólo eco confuso de tantas plegarias compartidas a los pies de su Virgen... pero también lo temía, porque ser ella misma le conducía sin remisión a la soledad, una soledad de recuerdos tristes cuando desde muy pequeña le rompieron su alma de niña. Rezaba y lloraba, esperando... Su trabajo con niños sin familia le sanaba por dentro, aunque era agobiante... Quería ser una chica como las demás, reír sin temor, pero, sobre todo, asumir su propio ser... Eso es lo que le pedía a la Virgen. Hace poco, en una Convivencia, quiso ver una luz en aquellas oraciones tan entrañables...

Poco a poco las gentes iban entrando en la capilla. El revuelo de bancos y sillas, las voces quedas de las señoras, el sonido de los rosarios interrumpieron su oración. En su cara apareció la sonrisa de siempre y se levantó de improviso para ir en busca de sus amigas y seguir con ellas la Novena desde el coro, donde podían ver sin ser vistas... Sin embargo, esta vez, se abstuvo del cuchicheo chismoso de sus colegas. Aunque trataba de evitarlo, la sintieron distinta, muy seria.

Ahora, tras el Paso, reía mientras saludaba a unos conocidos. La noche anterior no pudo dormir, y eso que apenas estuvo en la "movida" del fin de semana, quiso reservarse para la Procesión. No parecía rezar, pero sus ojos no dejaban de mirar a la Virgen tras cada *chicotá*. Era feliz. Desde aquella tarde sabía que Ella la quería. Se lo había dicho sin palabras cuando la hizo llorar. Descubrió que la miraba como se mira a los niños, con dulzura y cuidado, con cierto temor por si se pierde entre la gente, por si enferma... Y quiso ser la niña que no pudo para poder llenar de ilusión su alma perdida, la que ahora sentía encontrar en su cuerpo de mujer.

La campana de la capilla repica a gloria cuando la Virgen entra entre el fervor de las gentes. Una nueva Procesión ha concluido, pero todavía, desde las retinas invisibles de la memoria, Dios sigue bendiciendo a su barrio en la orilla.